

## Capítulo 31

La plaza, localizada en el centro de la ciudad, comienza a materializarse ante los ojos de Susana, a la vez que su taxi se acerca a la parada.

El corazón de Susana se acelera cada vez más; su ansiedad continúa a nivel *full*. El taxi estaciona, Susana le paga al chofer y sale del automóvil rápidamente, como intentando obtener más oxígeno para su ya desgastado cerebro. Comienza su caminata un tanto acelerada, recorriendo con la mente la imagen que ha visto en el canal *ciento trece* y comparándola con cada esquina de la plaza. “Esta es”, dice para sus adentros, ya que la imagen mental

coincide perfectamente con la imagen real. Es la que tiene justo frente a sus ojos.

Ya es un poco tarde; se ha levantado un viento bastante fuerte y persistente; las copas de los árboles se mecen en dirección contraria al *soplo de la naturaleza*; las hojas del piso remontan continuamente, entremezclándose con los papeles de diferente tipo que arrojan algunos transeúntes desconocedores de los cestos de basura. Se ven polleras mecerse de un lado a otro; largos abrigos abiertos se suspenden hacia atrás, como si fueran las capas de algún superhéroe del cine; algunas luces se esconden de tanto en tanto detrás de los movedizos árboles; los automóviles circulan persistentemente por los cuatro lados de la plaza; la gente camina de ida y vuelta, entrecruzándose en la plaza, como deleitándose por sentir un minuto de naturaleza para después adentrarse otra vez en la jungla de cemento... Y Susana ya se encuentra en su lugar. Observa para todos lados con una tranquilidad un tanto falsa; recorre las caras de todas las mujeres que se le acercan; y aprovechando que de una manera automática se le ha formado una imagen mental de Ana Teresa, producto de las dos charlas telefónicas

mantenidas durante el día, se vale de ello para prestar más atención a las mujeres que muestran alguna similitud con su imagen mental.

El viento sigue sin miras de detenerse; el cielo muestra las estrellas en todo su esplendor; los motores de los automóviles no paran de rugir, y aún con mucha más intensidad en la misma esquina donde ella se encuentra. Es una de las esquinas con semáforo de la plaza y una de las más concurridas, ya que se conecta con el centro neurálgico de la ciudad. De pronto, y debido al viento, un papel que viene en vuelo se le adhiere a su abdomen; ella inmediatamente baja su cabeza y divisa el papel, sostenido contra su cuerpo solamente por la acción del viento, lo toma con su mano derecha y lo observa detenidamente para luego constatar que es una especie de bono publicitario, y a posteriori, como haciendo caso omiso de la publicidad, procede a girar el papel horizontalmente hacia su derecha, y lo que ve allí la deja abruptamente paralizada. Sus nervios ya no son el centro de atención de su cerebro y su ansiedad tampoco... Lo que ha leído le resulta muy familiar y, a la vez, desconcertante.

Del otro lado del papel publicitario figura impresa con letras negras, y a modo de un nuevo acertijo, la siguiente leyenda:

### MASON UN YO

—¡No lo puedo creer...! ¡¿Otro acertijo?! ¡No! ¡Ah!, ¡¿podrá ser algún código secreto de una logia?!..., lo cual a mí no me toca descifrar en estos momentos... Pero... ¿Mason Un Yo...? Y si lo leo de derecha a izquierda puedo formar... ¿Yo Un Mason...? ¡Esto no tiene sentido!, aunque... No..., no, la verdad es que esto no me dice nada —se dice a sí misma en voz alta y totalmente abstraída de que se encuentra en un lugar muy concurrido—. No... Pisa el freno, Susana... Piensa lógicamente... Vamos, piensa, piensa... Un papel que viene volando, empujado por el viento, y que de pronto se pega a mi cuerpo, solo responde a una y solo una cosa: a la teoría del caos... ¿Qué probabilidad tiene un papel de que, al ser empujado por un caótico viento, impacte y quede aferrado a mi cuerpo...? ¿Y, además, que este papel traiga un nuevo acertijo de parte de Ana Teresa...? ¡No, no y no...!

Tranquilízate, Susana; esto es solo una coincidencia..., una entre millones; aunque... esa frase me parece familiar... Pero, pero... no creo que esté dirigida a mí —continúa diciendo, mientras nuevamente mira el papel, pero ahora más tranquila y con una voz casi rozando el pensamiento.

De todos modos, y como mujer precavida que es, procede a guardar el papel plastificado con esa intrigante frase dentro del profundo bolsillo derecho de su abrigo, al que no le tiene demasiado cariño, debido a que no es muy acorde a su gusto. Es un abrigo de color verde oscuro, con finas líneas verticales rojas y unas incipientes hombreras.

Después de guardar el papel en el bolsillo, y con su vista perdida dentro de su propia mente, como únicamente *viendo*, pero no *mirando*, permanece unos instantes con un aire de incertidumbre y desazón.

Ese papel plastificado es muy inoportuno en estos momentos.

La frase lo es aún... mucho más.